

Día de la madre

Hay cosas que no se pueden volver a comprar.

Uno puede cambiar de casa, de barrio, de ciudad. Puede renovar muebles, pintar muros, incluso empezar de nuevo.

Pero hay algo que, cuando se pierde, no vuelve nunca más.

El patrimonio funciona así.

Y no siempre lo entendemos hasta que ya es tarde.

Hoy domingo se celebra el Día de la Madre.

Y más allá de lo evidente, hay algo en esa figura que nos puede ayudar a entender mejor de qué estamos hablando cuando hablamos de patrimonio. No desde la teoría. Desde lo esencial.

Yo perdí a mi mamá a los 19 años.

Y con el tiempo entendí algo que no se explica fácil: cuando alguien así se va, no desaparece todo... pero cambia para siempre la forma en que uno se relaciona con los recuerdos. Hay cosas que quedan.

Una fotografía en

Lo que no se reemplaza, Especial día de las Madres

blanco y negro. Un objeto pequeño, quizás un anillo. Un gesto, una forma de hablar, una memoria que aparece sin aviso.

Y entonces uno entiende que el valor no está en el objeto en sí. Está en lo que representa.

Eso es patrimonio.

El patrimonio tangible —los objetos, las casas, los edificios— es solo una parte. Lo verdaderamente importante es lo intangible: la historia, la identidad, el vínculo emocional que construimos con esos elementos.

Por eso no todo se puede reemplazar.

Una casa antigua no es solo madera, adobe o pintura descascarada. Un edificio de departamentos con más de 30 años no es solo una estructura vieja en medio de la ciudad.

Son capas de historia. Son testigos silenciosos de cómo hemos vivido, de cómo hemos crecido, de cómo nos hemos transformado como comunidad.

En Iquique, esto es especialmente evidente. Tenemos verdaderas joyas arquitectónicas repartidas por la ciudad. Fachadas que, no solo embellecen el entorno, sino que le dan sentido.

Le dan identidad. Y, sin embargo, muchas veces las miramos sin verlas.

Las pasamos por alto. Las intervenimos sin criterio. Las dejamos deteriorarse como si fueran reemplazables.

Como si no importaran. Pero sí importan.

Porque cuando una de esas casas desaparece, no perdemos solo una construcción. Perdemos una parte

de nuestra memoria colectiva.

Y eso no se recupera. Aquí es donde la conversación se vuelve incómoda.

Porque es fácil decir que algo es importante cuando está intacto, cuando se ve bonito, cuando aparece en una foto antigua.

Lo difícil es hacerse cargo cuando ese patrimonio requiere cuidado, inversión, criterio.

Lo difícil es entender que no se trata solo de conservar por conservar, sino de reconocer el valor antes de que desaparezca.

En otros países, esto está más integrado en la cultura cotidiana. Se cuidan las fachadas, se premia el buen estado, se incentiva la conservación porque se entiende que el patrimonio no es un lujo. Es parte del desarrollo. Aquí todavía estamos



Leonor Bravo

al debe. No por falta de interés, sino por falta de conciencia.

Porque muchas personas no saben lo que tienen al frente.

No saben que esa casa que parece antigua puede ser única. No saben que ese edificio que ya tiene décadas es parte de una historia mayor.

Y cuando no se sabe, no se cuida.

Por eso esta columna.

No para idealizar el pasado. No para frenar el desarrollo.

Sino para hacer una pregunta simple, pero incómoda:

Si hoy perdiéramos eso que nos rodea, ¿qué sería lo que realmente extrañaríamos?

¿Qué fachada? ¿Qué edificio? ¿Qué rincón de la ciudad?

Porque esa respuesta, probablemente, no la vamos a encontrar en un plano ni en una normativa.

La vamos a encontrar en la memoria.

En lo que nos conecta. En lo que, sin darnos cuenta, sentimos como propio.

Tal como pasa con una madre.

Tal como pasa con un hogar.

El patrimonio no es solo lo que vemos.

Es lo que permanece.

Y eso, cuando se pierde, no se reemplaza.

Leonor Bravo
Arquitecta
Feliz día Mamá.

